

Alla sua sete di conoscenza del passato, anche nei dettagli minori, si collegava, in forma speciale e originale, l'ininterrotta attività di ricerca sulla storia riminese e non solo quella legata alla cultura malatestiana, ma anche la meno togata microstoria contemporanea di cui sono testimonianza i volumi dedicati a due figure femminili, vere o immaginarie che fossero, nella Rimini della Seconda Guerra Mondiale, "Il registro della spia. Le molte vite della professoressa Tina Cricò" (Panozzo Editore, Rimini 2007) e "L'ultimo giallo sulla Linea Gotica. L'eroina di Rimini" (Panozzo Editore, Rimini 2011).

Una delle sue caratteristiche più singolari, in una disciplina che per molti decenni ha stentato nel nostro paese a distaccarsi da modelli e interessi spesso ottocenteschi, è stata la sua curiosità per l'estrema periferia, non solo geografica, della grecità: l'Oriente più lontano raggiunto dai Macedoni, la straordinaria esperienza di pochi nuclei di militari e forse avventurieri che si confrontarono con un mondo altrettanto e più antico del loro, complicato ma duttile. Muccioli ha cominciato un lavoro che, mi auguro, attraverso la sua opera continuerà dopo di lui.

Amava le sfide intellettuali, ma anche quelle sportive; l'amore per la bicicletta lo ha accompagnato dall'infanzia: lo ha spinto su salite impervie e lanciato su pericolose discese.

Chi ha conosciuto Federico Muccioli sa che amava lo scherzo e, diversamente da molti, lo accettava anche quando era a sue spese: gli aneddoti non mancano e

a molti di noi alleviano un poco la pena della sua perdita. Non avrebbe approvato un elogio prolisso. Perciò mi limito ad un'ultima nota personale, che spero mi verrà perdonata. Federico mi ha dedicato un suo libro, definendomi sua maestra, ma devo confessare che in questi 35 anni, da quando siamo stati vicini nel lavoro, ero io che mi sentivo la scolara davanti al professore: un professore competente, che di rado si arrabbiava e cercava sempre una soluzione pacifica e ragionevole ad ogni problema, un professore severo, ma buono. E, come dovrebbe essere ogni professore per i suoi scolari, un amico sempre e comunque.

LUCIA CRISCUOLO

Alma Mater Studiorum-
Università di Bologna

3. *In memoriam Magistri et Amici F. Rodríguez Adrados (1922-2020)*

El profesor y maestro Francisco Rodríguez Adrados falleció en Madrid el 21 de julio de 2020. Había nacido en Salamanca en 1922 y por tanto vivió 98 años. Parafraseando a Séneca, podríamos decir que "se le otorgó con largueza una larga vida para la realización de las actividades más importantes" (*Dial.* 10.1.3). Nacido en la Salamanca universitaria y de padre profesor, su destino no podía marcarle otra senda que la de transmisión del conocimiento. Una larga y fructífera senda. Es complicado trazar, con la brevedad que requiere una reseña in *Memoriam*, un bosquejo del carácter y la actividad del querido maestro Adrados, sobre todo para quien compartió estrechamente con él los años quizá más

fecundos y los más expansivos de su actividad e influjo en el terreno de la Filología clásica*.

Es preciso, desde luego, empezar haciendo referencia a su papel en el crecimiento, el valor y la valoración de los Estudios clásicos en un país en el que estaban entonces un tanto retrasados en comparación con el resto de Europa. Y para ello es imprescindible señalar sus inicios en la Universidad de Salamanca donde tuvo como maestros especialmente a Antonio Tovar, M. García Blanco (Historia del Español), Ramos Loscertales (Historia de España) —un elenco nada desdeñable, pero más bien escaso, de clasicistas que precisamente R. Adrados acabará multiplicando de forma notable desde su ascenso a la Cátedra de Griego en la Universidad de Madrid (1952). Esta cátedra la simultaneó con una, también de griego, en el Instituto Cardenal Cisneros de Madrid, lo que explica sin duda que, en lo académico, el interés de R. Adrados no solamente se va a centrar en la Universidad, sino también de manera importante en la Enseñanza Media. Su iniciativa, su carácter tenaz, su discurso convincente unido a sus ininterrumpidos requerimientos al Ministerio de Educación hicieron que, en general, los Estudios clásicos cobraran un peso que merecían, pero del que carecían por faltarles personas que los desempeñaran, cuando empezó a crecer exponencialmente el número de alumnos y luego licenciados en Filología clásica.

Es notable su intervención, junto con M. Fernández Galiano, para la creación de un extraordinario Plan de estudios para la especialidad de Filología griega que comprendía, además de las asignaturas comunes de la Lengua — Gramática y Textos, Literatura— otras materias lingüísticas como Indoeuropeo e incluso asignaturas como el Sánscrito o el Antiguo Eslavo. Fueron ellos quienes lo comenzaron y pronto se les unieron otros profesores de valía como Luis Gil y Sánchez Lasso de la Vega. Si a ellos unimos en el área de Latín a profesores como Sebastián Mariner y después A. García Calvo, el resultado fue que la Licenciatura de Filología Clásica era con diferencia la más seria y prestigiosa de la Facultad de Letras madrileña. Era la impresión de quienes nos matriculamos en 1960-61.

Todo lo anterior hace referencia al influjo prominente de R. Adrados para elevar unos estudios clásicos, prácticamente inexistentes, a un rango de importancia similar a los de Filología Española y científicamente superior a éstos. A la creación del citado Plan de estudios y al impulso para el crecimiento del profesorado de Enseñanza Media y de Universidad hay que añadir la transformación de una incipiente Sociedad de Estudios Clásicos y la convocatoria de Congresos nacionales, así como la ampliación y transformación del “Antonio de Nebrija”, Instituto de Investigación del CSIC.

* Una Bibliografía completa se puede consultar en <http://dge.cchs.csic.es/bib/adr.htm>. Y una “Autobiografía científica” en *Anthropos*, “Francisco Rodríguez Adrados. Dossier. Autobiografía Científica”, 1984, 96 págs.

Si de la actividad promotora de R. Adrados pasamos a su talento creativo como lingüista y filólogo clásico, hay que partir de su tesis doctoral *Estudios sobre el Léxico de las Fábulas esópicas*, realizada en Madrid bajo la dirección del catedrático José Manuel Pabón y publicada en 1948 (Madrid, CSIC). La Tesis marca ya, aunque de manera inicial, una actitud que sería permanente a lo largo de toda su obra: me refiero a la indagación “sobre los orígenes y el desarrollo” –en la Tesis, los de la Fábula; más adelante, los de la Lírica o el Teatro en literatura, y, sobre todo, los de la Lengua griega en sus estudios sobre el Indoeuropeo los cuales incluyen puntos concretos como las Laringales que resuelven multitud de problemas fonéticos, morfológicos y, al final, léxicos. Unos y otros conducen a su vez –ello pretende el lingüista Adrados– a los orígenes, a las relaciones entre lenguas y, en fin, a una visión general de la lengua y, por ende, de la Cultura.

En el terreno lingüístico fue R. Adrados especialmente (sin olvidar a M.S. Ruipérez) quien introdujo el Estructuralismo en una universidad, como la española, que todavía entonces seguía anclada en la Gramática tradicional. Y ello, tanto en la Sintaxis como en el Léxico: en este terreno de la semántica y el léxico, no solamente dirigió numerosas tesis doctorales de orientación estructuralista, sino que inició –y continuó sin descanso– la elaboración de un Diccionario Griego-Español (DGE) que comenzó en Mayo de 1962 con un grupo de colaboradores, del que se han publicado los vol. I-VIII, que tendrá cerca de 500.000 entradas y que

desde sus inicios hasta hoy está recibiendo críticas siempre altamente positivas (ver detalles en <http://dge.cchs.csic.es>). Hay que señalar que el proyecto ya rondaba la cabeza de R. Adrados cuando escribió dos artículos “Sobre los orígenes del vocabulario ático” (*Emérita* 21, 1953 y 25, 1957). Ya al poco tiempo de iniciarse, hubo filólogos de prestigio internacional que se dirigieron a la sede del Consejo de Investigaciones Científicas donde se trabajaba en el Diccionario y ya había sido recogido un ingente fichero léxico. Muy notablemente quiero señalar, por lo que ello implica, la visita de Theodore Brunner de la Universidad de Irving, California, quien estaba en aquellos mismos años creando la base de datos TLG hoy universalmente utilizados y elogiados. Igualmente, la visita del gran indoeuropeista Jerzy Kurylowicz y del filólogo B. Knox.

En lo que se refiere, ya más concretamente, a las **publicaciones** de R. Adrados en los diferentes campos, ya he señalado que no es este el lugar para incluir una lista completa de las mismas, pero sí mencionaré las que, en mi opinión, son más sólidas e importantes. Su carrera como lingüista ya había comenzado en Salamanca con *La dialectología griega como fuente para el estudio de las migraciones indoeuropeas en Grecia* (1952). Desde entonces fue alternando la Lingüística General (*Lingüística Estructural*, 1969 y *Lingüística General*, 1976) con otros estudios, ya concretamente de Lingüística Griega, que culminarán en *Nueva Sintaxis del Griego antiguo* (1992) e *Historia de la Lengua griega* (1999). Pero quizá sean más destacables

por su novedad los trabajos y libros en el campo de la Lingüística Indoeuropea: personalmente destacaría en primer lugar *Evolución y estructura del Verbo Indoeuropeo* (1963, 2ª ed. 1974) que, por su carácter cartesiano, me produjo una impresión decisiva. Le había precedido *Estudios sobre las laringales indoeuropeas* (1961), pero luego siguieron otras como *Lingüística Indoeuropea* (1975) y *Nuevos Estudios de Lingüística Indoeuropea*, (1988) que han enriquecido de forma notable la orientación de los estudios indo-europeísticos.

Igualmente excepcional es el trabajo de R. Adrados en el campo de la Historia de la Política, la Literatura y el Pensamiento griegos en los que siempre ha resaltado su estrecha ligazón con la Lengua. En Historia política, son de destacar *Ilustración y Política en la Grecia Clásica* (1964), libro condensado en el más reciente *La Democracia ateniense* (1983); *Democracia y Literatura en la Atenas Clásica* e *Historia de la Democracia* (ambos de 1997). La última en este terreno es *El Reloj de la Historia. Homo sapiens, Grecia antigua y mundo moderno* (2006 y 2010²).

En Literatura son de una importancia quizá menos reconocida de lo que merecen las dos obras que abordan los orígenes de la Lírica y el Drama y su ulterior desarrollo: *Fiesta, Comedia y Tragedia* (1972) y *Orígenes de la Lírica griega* (1976) y *El Mundo de la Lírica griega antigua* (1981). Y los numerosos trabajos que desarrollan temas, géneros, etc. de la literatura desde Grecia al mundo moderno entre los que destaca *El río de la Literatura. De Sumeria y*

Homero a Shakespeare y Cervantes, (2013) traducido al italiano.

En fin, como editor y traductor también fue larga y espléndida su labor. Cuando llegó a la Universidad, las traducciones de los autores griegos más importantes eran muy escasas y, todo hay que decirlo, a menudo se basaban excesivamente en versiones especialmente francesas – apenas inglesas o alemanas. Su primer trabajo importante en este campo fue la traducción de Tucídides (*Historia de la guerra del Peloponeso*, 1952-55), autor extraordinariamente difícil por su estilo árido y su lengua arqueo-ática y, por ello, nunca traducido al español desde Gracián. Pero quisiera destacar especialmente la de Esquilo, *Tragedias* (1966), por su innovador sistema de traducción que une pasajes en prosa con otros, generalmente los del coro, en lenguaje castellano elevado y poético. Y la de Aristófanes (1975 y 1990) en lenguaje abiertamente coloquial.

El profesor Adrados no solamente impulsó la creación de una colección de ediciones como *Alma Mater* en el CSIC, sino que también ha colaborado personalmente como editor en ésta de *Líricos griegos. Elegíacos y yambógrafos arcaicos* (1957-1959) en la que hay autores nunca antes vertidos al español. Y otros, en colaboración, como el *Agamenón* de Esquilo (2006) y *Coéforos y Euménides* (2010) o la *Medea*, *Hipólito* de Eurípides (1995). Para terminar, diré que su último trabajo han sido los libros I-IV de Heródoto. Un final que cierra en círculo su labor en este terreno enlazando al historiador de Halicarnaso con el ateniense Tucídides.

No se puede silenciar que, debido a todo lo anterior, le fueron otorgados los premios y galardones más señalados para los hombres de letras. Entre ellos destaco: los Premios «Menéndez Pelayo» de investigación en Humanidades, del CSIC (1974), «Fray Luis de León», de traducción a lenguas clásicas (1981), la Medalla del Mérito Docente de la Orden de Alfonso X el Sabio (1981) y «Aristóteles» de la Fundación Onassis, al *Diccionario Griego-Español* (1989). Y su nombramiento como Miembro de la Real Academia Española de la Lengua (1990), y de la Academia de la Historia (2004).

Quisiera concluir refiriéndome a su personalidad, a su forma de ser como persona y como profesor. Ya he señalado la tenacidad y el optimismo que le

caracterizaban en todo lo que se proponía. Pero debo añadir, como un rasgo notable, su singular capacidad para unir el papel de profesor con el de científico, es decir, el de quien explica en clase lo que está creando en su despacho. No puedo olvidar cómo el curso 63-64 exponía en el aula aquello que acababa de escribir... o que estaba a punto de hacerlo sobre el origen del Teatro y que daría como resultado *Fiesta, Comedia y Tragedia*.

Y, en fin, no puedo dejar de aludir a su amabilidad y delicadeza en el trato. Se nos ha ido un inolvidable maestro y amigo, un incomparable filólogo y pensador, pero siempre quedará su obra como estímulo para presentes y futuros helenistas.

JOSÉ LUIS CALVO MARTÍNEZ
Universidad de Granada